

EL ENEMIGO EN CASA

LINDSEY DAVIS

EL ENEMIGO EN CASA

II novela de Flavia Albia:
La nueva generación Falco

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Enemies at home*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: mayo de 2015

© Lindsey Davis, 2014

© de la traducción: Montse Batista, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página web www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-6279-4

Impreso y encuadernado por Huertas

Depósito legal: B. 10080-2015

Impreso en España

REPARTO

Personajes principales

Flavia Albia	se ha escapado de sus vacaciones por el caso
Aulo Camilo Eliano	un consejero legal, su tío
Quinto Camilo Justino	ídem, más disoluto y popular
Claudia Rufina	aún su esposa, contra todo pronóstico
Hosidia Meline	la primera ex de Eliano, amiga de Claudia
Helena Justina	una fuerza que debe tenerse en cuenta
Tiberio Manlio Fausto	un edil plebeyo con un problema
Laia Graciana	otra exesposa, un problema sólo para sí misma
Apolonio	un copero muy viejo

Los muertos y sus relaciones

Valerio Aviola	un novio feliz (muerto)
Mucia Lucilia	su afortunada novia (también muerta)
Policarpo	su leal liberto y mayordomo
Grecina	la esposa de éste, ama de casa
Sexto Simplicio	amigo y albacea de Aviola

Hermes	guardián y albacea de Mucia
Gala Simplicia	una madre soltera, cazadora de herencias
Valerio, Valeria y Simplicia	sus hijos, criados por ella sin ayuda
Fauna y Lucio	vecinos que vieron algo
Segundo y Mirino	vecinos que no oyeron nada

Crimen y castigo

Ticiano	diligente investigador de la Segunda Cohorte
Varios jóvenes sin nombre	personajes anónimos y desconocidos encargados de servicios especiales, no preguntar al respecto a su tribuno de cohorte
Casio Escauro	solícito tribuno de la Cuarta Cohorte
Fundano	se encarga de las torturas y de los entierros
El viejo Rabirio	un misterioso capo
El joven Roscio	una amenaza inminente
Galo	apañador y hombre de confianza, no confiéis en él
Un prisionero	un hombre muerto

Esclavos

Dromo, Grato, Líbico, Amatisto, Diómedes, Dafno, Fedro, Nicotrato (no por mucho tiempo), Crisodoro, Melander, Amaranta, Olimpe, Mila (y un bebé), Onésimo (fuera de escena), Cosmo.

Mascotas

Borla

un perrito faldero, una chica mala.

Pantera

con ganas de problemas, un buen chico.

ROMA,
junio del año 89 d.C.

I

Incluso antes de empezar, sabía que debía negarme a aceptarlo.

Deben cumplirse ciertas reglas para que los informantes privados acepten un nuevo caso. Nunca aceptes clientes que no puedan pagarte. Nunca hagas favores a los amigos. No trabajes con parientes. Piensa detenidamente en los problemas legales del asunto. Y si, como yo, eres mujer, mantente alejada de los hombres que te resulten atractivos.

El caso Aviola infringía todas y cada una de dichas reglas; para empezar, los clientes no tenían dinero, y no obstante, acepté el encargo. ¿Es que no voy a aprender nunca?

* * *

Una noche cálida y estrellada del mes de junio, en la ciudad de Roma, unos ladrones irrumpieron en un apartamento de una planta baja en el monte Esquilino. Se llevaron una gran cantidad de objetos domésticos de plata de primera calidad, que la gente supuso que eran el objetivo principal de los asaltantes. La pareja de mediana edad que tenía alquilada aquella moderna vivienda se había casado hacía poco, lo cual hizo

que lo que les había sucedido resultara aún más conmovedor. Tras marcharse los ladrones, los cuerpos de la pareja fueron hallados en la cama conyugal con señales de violenta lucha. Los habían estrangulado a los dos.

La pareja muerta era lo bastante rica como para que se iniciara una investigación, un privilegio que, por regla general, no se concedía a los pobres, sino que se reservaba para las víctimas que contaban con amigos influyentes, como era el caso. Primero se asignó la investigación a un oficial de los vigiles, Ticiano, de la Segunda Cohorte. Para ser justos, Ticiano no era más inepto que la mayoría de los vigiles. Él sabía que dos y dos sumaban cuatro, a menos que estuviera ocupado mirando una buena pelea de gallos, en cuyo caso podría ser que dijera que sumaban cinco sin darse cuenta. Pero tenía un buen historial de arrestos de carteristas en el mercado de Livia. Durante un par de horas incluso creyó que intentar resolver un doble asesinato era emocionante. Luego la realidad acabó imponiéndose.

A Ticiano le resultó imposible identificar al ladrón o ladrones. Después de preguntar un poco por ahí, centró su atención en los habitantes de la casa y declaró que tenía que tratarse de un trabajo hecho desde dentro. Inevitablemente, centró su atención en los libertos y esclavos de los propietarios. Los libertos eran ya de una cierta edad, se expresaban bien y estaban bien organizados; así habían logrado conseguir la libertad y así consiguieron también confundir a Ticiano. Los esclavos eran más vulnerables: más jóvenes e ingenuos o más viejos y lerdos rematados. Nadie dijo en ningún momento que ninguno de ellos hubiera amenazado a su amo y ama, pero, para un agente de la ley en Roma, cualquier culpable era mejor que ningu-

no, y con los esclavos no era necesario tener pruebas concluyentes. Uno podía acusarlos, torturarlos y ejecutarlos basándose en una mera probabilidad. Para tener buen aspecto y obtener la necesaria autorización, Ticiano se puso una túnica limpia y a continuación fue y anunció al tribuno de su cohorte que ya tenía la respuesta. Lo habían hecho los esclavos.

Los esclavos se enteraron de su grave situación. Conocían lo que dictaba la ley romana cuando un cabeza de familia era asesinado en su casa. Las autoridades iban de entrada tras la esposa, pero esto no servía de nada si ella también estaba muerta. Así pues, a menos que el muerto tuviera otro enemigo obvio, las sospechas recaían en sus esclavos. Tanto si eran culpables como si no, los ejecutaban. A todos.

Lo bueno de un castigo capital tan sistemático, que, por supuesto, tenía lugar en público, era que servía para que otros esclavos, de los que había cientos de miles en Roma, se comportaran mejor. Nadie quería que a este gran número de esclavos se le ocurriera la idea de alzarse contra sus amos. La cantidad de amos frente a la de esclavos era en proporción muy pequeña. En nuestra ciudad se había decidido no vestir a los esclavos de ninguna manera distintiva, porque podrían darse cuenta del poder que les concedía su superioridad numérica.

Muchos amos vivían con el temor constante de que los esclavos se volvieran contra ellos. No puede esperarse lealtad de un extranjero hosco tratado a palos, pero tampoco se puede asegurar que con un buen trato vayas a ganarte su gratitud. Por tanto, ejecutar esclavos que habían traicionado a sus amos era sumamente popular en Roma. Al menos entre las clases que los poseían.

Aterrorizados con razón, algunos de los esclavos acusados huyeron de la elegante casa del monte Esquilino y se refugiaron a cierta distancia, en el templo de Ceres. Por tradición, este monumento del monte Aventino acogía a los prófugos. Podían acogerse a sagrado, permanecer a salvo e incluso contar con que les darían de comer.

En teoría, las autoridades respetaban la función del célebre templo como espacio de libertad y protector de los desesperados. Sin embargo, nadie pretende que los ideales vayan demasiado lejos.

En una rápida reunión, que estuvo dominada por el pánico y que se celebró al romper el alba, la cuestión de cómo deshacerse de los fugitivos se puso en manos de un magistrado cuyas funciones le proporcionaban una estrecha relación con el templo. Se llamaba Manlio Fausto, era uno de los ediles plebeyos de ese año, y yo lo conocía. Me gustaban sus métodos. Siempre mantenía la calma.

Cargado con la responsabilidad de resolver el problema, Fausto acordó solemnemente con las autoridades del templo de Ceres que haría lo posible por tomar las medidas correctas. La situación podía ponerse fea fácilmente. Querían evitar tener que recurrir a la censura. El público pedía una solución a gritos, preferiblemente sangrienta. La *Gaceta diaria* ya había pedido un comentario digno de citarse y estaba a punto de publicar la historia en su sección de sucesos; la publicación provocaría los cotilleos morbosos en el Foro. Probablemente el emperador tendría puesto su ojo invisible en el templo. A Fausto le habían pasado una patata muy caliente.

Este hombre diligente estaba buscando una salida a la situación cuando entró en una taberna llamada El Astrónomo. Allí, mientras trataba de elegir entre las escasas opciones para desayunar, se topó conmigo.

II

Yo ya había visto venir al edil; siempre hay que estar alerta con los magistrados que pueden imponer multas cuantiosas. Cualquiera que tenga un puesto en el mercado, cualquiera que tenga su local en una calle pavimentada, cualquiera cuya profesión esté firmemente regulada (una prostituta, por ejemplo), detesta a los ediles. Los informantes como yo los evitamos. A algunos de mis parientes, que están al cargo de El Astrónomo, no les iba a hacer ninguna gracia que el edil fuera a comer allí, dado que él regulaba también las tabernas. Sin duda tampoco me lo agradecerían a mí. Pensarían que Fausto había elegido ese local porque sabía que yo lo frecuentaba.

Había conocido a Fausto hacía unas pocas semanas, en el transcurso de una investigación conjunta, y ya entonces habíamos compartido ideas en esta misma *caupona*. Había comprobado que solía ir disfrazado, aunque hoy no era así. Era un hombre fornido, de unos treinta y cinco años, que venía caminando por la oscura calle con paso firme. No tenía un llamativo séquito de ayudantes que pudieran confiar en que su túnica con bandas púrpura disuadiría a los alborotadores. A los ediles no les daban guardaespaldas. Ellos eran sacrosantos, estaban protegidos por las leyes religiosas. Además, estaba claro que era un hombre fuerte; aun estando preocupado,

Fausto tenía aspecto de dar unos puñetazos de aúpa. Eso suponiendo que la gente se fijara en él; no era de esos funcionarios que arman mucho ruido allá adonde van.

Fausto no podía suponer que me encontraría sentada a una mesa. Él creía que me encontraba con mi familia en nuestra villa de la costa, pero en realidad yo había regresado a Roma hacía poco, porque estaba harta del sol, de la arena y de ir de pesca. Para despejar cualquier clase de duda, quiero aclarar que yo no suspiraba por Fausto. Es verdad que yo era una viuda sin compromiso, pero un magistrado estaba fuera de mi alcance.

–¡Flavia Albia!

–Manlio Fausto...

Un saludo formal. Después de pedir un panecillo con salchicha de Lucania, la única oferta de ese día (y de cualquier otro día), se sentó junto a mí, aunque primero pidió permiso.

–¿Te importa si me siento contigo?

–Siempre es un placer.

–Me alegro de verte.

–Yo también, edil.

Era puro teatro. Ambos nos sentíamos un poco inseguros. La última vez que nos habíamos visto, yo había hecho unas vergonzosas insinuaciones que Fausto había rechazado prudentemente. Pese a mi metedura de pata, el edil había expresado la esperanza de que pudiéramos trabajar juntos otra vez. Yo había dado por hecho que estaba siendo educado. Y sin embargo, allí estaba de nuevo conmigo, en la horrible taberna de mi tía.

Manlio Fausto era uno de los responsables de la ley y orden del barrio: comercio justo, calles limpias, baños tran-

quilos y burdeles decorosos. Yo sabía que en la actualidad también aconsejaba a magistrados de otros distritos, que se enfrentaban a una racha de asesinatos callejeros aleatorios que estaban teniendo lugar por toda Roma. Vivíamos tiempos difíciles. La calamidad del Vesubio, ocurrida hacía una década pero aún viva en el recuerdo, había afectado a la gente. Ahora teníamos un emperador paranoico que, en la cuarentena, aún era lo bastante joven como para infligirnos muchos años de terror. Las fronteras de nuestro imperio sufrían con frecuencia los ataques de los bárbaros, por lo que circulaban constantes e inquietantes rumores de guerra. La ciudad estaba también plagada de escritores satíricos implacables, filósofos prófugos y poetas que se pasaban el día lamentándose porque no ganaban ningún premio. En este clima florecían todo tipo de locuras.

En cuanto a mí, era una investigadora privada. No hace falta que me recordéis que es un trabajo poco corriente para una mujer; después de doce años ya lo he oído sobradas veces. Me contrataban clientes que necesitaban mi ayuda cuando la vida se les torcía, o en ocasiones antes de que eso ocurriera: padres que investigaban a los cazafortunas que habían seducido a las tontas de sus hijas; pequeños comerciantes que afirmaban que sus rivales les robaban el negocio; litigantes en busca de testigos que los respaldaran en los tribunales; testamentarios que temían acabar cargando con grandes deudas. Muchas de mis investigaciones llevaban al divorcio. La mayoría de mis clientes eran seres patéticos: o idiotas redomados que habían provocado el aprieto en el que se encontraban, o inocentes bienintencionados que se habían convertido en objetivo de los timadores.

Con aire sombrío, Fausto se puso a manosear el panecillo, que indudablemente era del día anterior. Echó un vistazo a su alrededor. El Astrónomo estaba situado en una esquina, con los habituales mostradores de mármol desgastado por el uso y dispuestos en ángulo recto donde, llegada la hora de comer, unas grandes ollas de caldo poco apetitoso atraerían a más moscas que clientes. En el interior había un estante torcido, sujeto a la pared con unos clavos demasiado cortos. Vasos de varios tamaños descansaban sobre él, listos para caerse estrepitosamente cuando cedieran las sujeciones. En una pared, un letrero descolorido ofrecía variedades de vino con el precio anotado de manera ilegible. El falerno estaba en la lista de forma permanente, aunque si lo pedías siempre se había «agotado». Los clientes habituales eran, sobre todo, obreros del lugar que buscaban comida barata. Se quedaban de pie en la calle y comían y bebían a toda prisa. Eran pocos los comensales que se sentaban a la mesa.

El viejo Apolonio, que se refería a sí mismo como jefe de comedor, estaba apoyado en un mostrador con la mirada perdida. Mi tía o mi primo vendrían más tarde; tía Junia era un personaje desabrido que nunca tendría que haber llevado una taberna, pero su hijo, Junilo, sacaba el máximo partido de aquel triste lugar.

Un perro callejero se coló en la taberna y se puso a husmear por los rincones; no le gustó el lugar y se marchó a toda prisa. La segunda mesa del interior estaba vacía, como casi siempre.

Para entablar conversación, le expliqué a Fausto hasta qué punto me había aburrido con el sol y con el rollo de la

playa. Él escuchó pacientemente y luego me contó lo del doble asesinato en el Esquilino. También me explicó que tenía que hacer salir a los esclavos fugitivos del templo. Él nunca dejaba traslucir en exceso sus sentimientos, pero me di cuenta de que estaba abatido.

Era robusto, al estilo de los plebeyos romanos, aunque más alto que muchos y sin las piernas arqueadas. Solía fingir un trato afable y próximo, aunque, de hecho, lo que hacía era mantenerse vigilante. Tenía los ojos grises; resulta que yo también, aunque los suyos no tenían un matiz azul, sino que eran totalmente pálidos, como la niebla que se alza del Tíber al amanecer. Su cabello oscuro aún no estaba teñido de gris, aunque daba la impresión de que lo estaría pronto. Cuando se tomaba la molestia de afeitarse y arreglarse, era un hombre atractivo. Hoy se había tomado la molestia.

Fausto pinchó la rodaja de salchicha con la punta de su navaja y se la llevó a la boca con ciertos reparos. Pero ni siquiera El Astrónomo podía estropear demasiado una salchicha de Lucania comprada al por mayor, de modo que se animó. Alargué la mano y robé uno de los pepinillos que Apolonio había servido en el plato a modo de guarnición. Fausto me dejó hacerlo, pero pinchó rápidamente el otro pepinillo. Estábamos cómodos juntos, por alguna razón que nunca me he molestado en analizar.

Él empezó a quejarse de que el monte Esquilino, donde habían asesinado al matrimonio, no era su territorio. Cuando un grupo de ediles inauguraban su año en el cargo, se repartían Roma, y todos esperaban conseguir un barrio que proporcionara unos ingresos elevados. No podían llevarse las ganancias a casa (bueno, al menos no legalmente), pero en el servicio público todo se resume a «mi historial es

más brillante que el tuyo». Todos querían ganar la carrera de las multas. El éxito atraería votos si alguna vez volvían a presentarse a las elecciones, o al menos podían ser recompensados con algún sacerdocio menor.

Fausto había logrado conseguir la jurisdicción del Aventino, que era el lugar donde ambos vivíamos y un ajetreado hervidero de delincuentes. El Esquilino era una de las otras siete colinas, y se encontraba al otro lado del Circo Máximo y el Foro. Yo no conocía bien la zona y Fausto parecía tener un pobre concepto de ella.

–Necesito descubrir lo que de verdad sucedió en el apartamento aquella noche, Albia. Si exoneran a los esclavos, pueden irse a casa. Hasta entonces, tenemos que cargar con ellos.

–Tendréis que cargar con ellos incluso si son culpables... Han pedido asilo.

–¿Crees que no lo sé? Tengo que demostrar que el culpable es otra persona. –Cuando Fausto se reclinó en su asiento y me estudió, supe adónde quería ir a parar–: Yo no dispongo de tiempo. Necesito un agente.

–¿Y qué me dices de los vigiles?

Fausto describió a Ticiano, de la Segunda Cohorte, de manera sucinta.

–Pues yo no puedo ayudarte –le advertí, anticipándome–. Agradezco los nuevos trabajos, pero no me apetece dar una agotadora caminata hasta allí todos los días.

Fausto sonrió con dulzura. Yo tenía demasiada experiencia como para dejarme engañar.

–Podría encargarme de buscarte alojamiento cerca de allí –me sugirió–. Y por visitar el templo de Ceres, tus honorarios serían elevados. –Era una propuesta tentadora. Iba es-

casa de trabajo después de mis vacaciones. El templo podía permitirse pagar bien, puesto que se beneficiaba directamente de todas las multas que los ediles endosaban a la gente—. Vamos –insistió—. Es fascinante, Albiola. Sabes que quieres hacerlo. –Siempre me inquietaba cuando utilizaba ese diminutivo, que se había inventado él.

Le expliqué a grandes rasgos por qué ningún informante aceptaría el trabajo: la imposibilidad de localizar a los ladrones ahora que Ticiano había enturbiado el rastro, las dificultades para conseguir que los esclavos proporcionaran respuestas fiables, la necesidad de ir rápido, los riesgos de toda investigación que fuera de interés público...

–Eres la mujer indicada. Discreta, astuta y directa –dijo Fausto, adulator.

–Maldito seas, Tiberio. –No me estaba tomando demasiadas libertades; él utilizaba su primer nombre cuando trabajaba de incógnito, según había podido comprobar cuando lo conocí.

–Me alegro mucho de que aceptes. ¿Necesitas un contrato por escrito?

–Creo que sí –respondí con frialdad—. Deja que lo redacte; luego incluiré algunas condiciones draconianas.

Fausto sonrió y pidió más comida. Podía permitirse estar contento. Sus problemas se habían terminado. Los míos acababan de empezar.

Al menos le dijo a Apolonio que trajera salchicha de Lucania para mí también.

–¡Que sea con esas grandes aceitunas de Colimbadia para acompañar y doble de pepinillos! –refunfuñé, aprovechándome de mi nuevo empleador, que asintió con cara de resignación.

Para ser sincera, me apetecía trabajar con él. Era un personaje interesante.

Yo ya estaba planeando por dónde empezar. Le dije a Fausto que lo primero que hacía falta era que el templo de Ceres pagara por un asesoramiento legal adecuado. Yo conocía a dos abogados que no eran más arteros de lo normal y que, por la cantidad de dinero que pagaba un cuerpo religioso, seguro que nos hacían el favor.

Mis tíos. Sí, sé lo que he dicho sobre no trabajar nunca con parientes, pero los hermanos Camilo andaban siempre tan pelados que lo agradecerían.

III

Mandé un mensaje para avisarlos. El edil me facilitó un chico de los recados. Aunque, oficialmente, Fausto estaba solo, cualquier hombre de negocios tiene un ayudante, que te sigue y luego se sienta fuera en el bordillo a esperar órdenes. Permanecen ahí en cuclillas y pasan desapercibidos entre todos los demás esclavos que están de plantón mientras sus amos holgazanean en las tabernas. Por las noches, algunas calles están bordeadas por hileras de tiernos niños dormidos junto a los faroles; de día, las aceras están obstruidas por lacayos con librea que se entretienen con juegos de tablero en la tierra. La gran cantidad de sirvientes hace que sus propietarios parezcan unos fanfarrones. La verdad es que a Fausto no le importaba nada de eso, pero tenía a un muchacho para cuando le convenía.

Aquella misma mañana, un poco más tarde, llevé al edil a que conociera a los hermanos menores de mi madre. Ocupaban un par de casas en la puerta Capena, que se encuentra en el viejo muro de Servio, pasado el extremo del Circo Máximo. Fausto y yo bajamos juntos del Aventino en silencio, pero cuando nos agachamos para cruzar los arcos chorreantes del acueducto Claudio, famoso por sus goteras, intentando taparnos la cabeza, le hablé de mis tíos.

—Son Aulo Camilo Eliano, el mayor de los dos, y Quinto Camilo Justino. Primero iremos a ver a Justino, y es pro-

bable que luego pasemos por la casa de Eliano. –Fausto no preguntó por qué siempre prefería empezar por Justino. Eso me evitó tener que explicárselo–. Justino es un hombre muy familiar; en su casa no se puede pensar tranquilamente. La casa de su hermano es justo lo contrario, está tan muerta como una vieja tumba de una necrópolis. Ya va por su tercera esposa, pero el matrimonio está fracasando.

–Es una pena –se limitó a comentar Fausto, mientras me guiaba a través de unos mendigos que merodeaban bajo el acueducto–. ¿Tienen hijos?

–Por suerte no. –Eliano era un tipo difícil y probablemente habría sido un padre despótico–. Mis dos tíos están en el Senado, aunque ello supuso un gran esfuerzo económico. No conozco todos los detalles, salvo que mi padre contribuyó con su propio dinero.

–Qué generoso.

–Había trabajado con los dos. Lo sigue haciendo. Ya sabes cómo funcionan las familias romanas.

Fausto asintió con la cabeza. Él mismo vivía con un tío; compartían intereses comerciales y quizás otros pecados.

–¿Ahora los Camilo se han asociado?

–Sí, aunque en términos un tanto espinosos. –Ambos habían madurado un poco al llegar a la treintena y se habían convertido en buenos fiscales, lo cual es casi una profesión respetable. Pero tenían un temperamento muy distinto y, en una ocasión, Justino se había fugado con Claudia Rufina, una heredera de la Bética que en realidad había venido para casarse con su hermano. Años después, aquello aún dolía. Ahora los hermanos tenían treinta y nueve y cuarenta años. Tenían edad suficiente para ser cónsules, aunque en su caso no iban a lograrlo. Carecían de las relaciones políticas adecua-

das. Mi padre creía que eso era lo que los hacía decentes y dignos de aprecio.

—¿Son buenos en su trabajo, o sólo son tus tíos?

—Son buenos. —Y de hecho lo eran. Él me lanzó una mirada—. De verdad, Fausto.

—¿Y tú trabajas con ellos?

—Hay veces en que un toque femenino le viene bien a un caso.

Sí, y a veces esos dos muchachos despreocupados eran demasiado perezosos para hacer el trabajo de campo por sí mismos.

* * *

La casa de Camilo Justino parecía estar pintada a medias; yo no recordaba que se hubiera realizado ningún trabajo de mantenimiento desde la época de mis abuelos. Nos dejó entrar un Jano milenario, tan grosero que se había olvidado de mi nombre pese a que yo lo había maldecido anteriormente en un centenar de ocasiones. Un ama de llaves poco entusiasta nos acompañó a un salón, donde un joven sirviente soñoliento se limitó a quedársenos mirando. Fausto y yo cruzamos unas miradas; ambos estábamos pensando en los esclavos y en sus costumbres de hoy en día.

Claudia, mi tía, asomó su impresionante nariz por una puerta, hizo tintinear un arsenal de brazaletes, evaluó a Fausto y desapareció. Iba acicalada y enjoyada (gracias al dinero del aceite de oliva de Hispania), pero andaba inquieta por la casa, con el aire propio de una madre de seis hijos cuyo marido es más fiel a sus cajas de caudales que a ella.

Mis tíos aparecieron juntos, mirándonos con cierta suspicacia, como si hubieran estado cuchicheando acerca de mis relaciones con un edil. Un montón de niños pequeños entraron a trompicones en la habitación tras ellos; Justino reunió a su prole y los hizo volver a salir, ahuyentándolos con los brazos abiertos, como si fuera un granjero obligando a entrar a unas vaquillas en el redil; sin embargo, de algún modo proyectaba mucha seriedad. Eliano tenía cara de estar sufriendo una indigestión, lo cual era comprensible en un hombre que acababa de jurar que su tercer matrimonio era definitivamente el último y que estaba dando vueltas al hecho de que tendría que devolver otra dote más, pese a que ya se la había gastado.

Hice unas presentaciones informales.

–Aulo Camilo Eliano: estudió en Atenas y Alejandría, y es el antiguo yerno de Minas de Karistos, eminente profesor de derecho y legendario bebedor social. –Eliano frunció el ceño, no porque se avergonzara de haber sido instruido por ese gran beodo de los simposios, sino por mi alusión a su primera esposa. Durante un tiempo, los restantes miembros de la familia habíamos visto a Hosidia Meline como a una intrusa, pero su padre la había divorciado descaradamente de Eliano para casarla con alguien más rico; fue insultante que ocurriera tan sólo seis meses después de que Eliano se casara con ella. Pero fue tiempo suficiente para que Hosidia entablara una cordial amistad con su compañera extranjera, la esposa de Quinto, y ahora no salía nunca de la casa de ambos. Esto irritaba profundamente a Eliano.

–Quinto Camilo Justino: estudió en Roma y en lo que él llama la Universidad de la Lucha. Al menos la matrícula es barata. –Mi encantador tío Quinto era el más joven y atrac-

tivo. Afable y con talento, todo el mundo lo adoraba, incluso la esposa que le habían impuesto. Así era como ese granuja salía indemne de su granjería.

–Tiberio Manlio Fausto: edil plebeyo. –Fausto asintió con la cabeza y no añadió nada, aunque yo sabía que no era tímido.

Al otro lado de la puerta, unos niños desmandados estaban jugando en medio de ensordecedores aullidos cuando uno de ellos cayó y fingió que se había hecho daño. Emigramos a toda prisa a la casa de Eliano por una puerta que comunicaba ambas viviendas.

Éste era un espacio tranquilo y ordenado, con los suelos barridos y con bellos frescos en las paredes, pero siempre estaba desierto y frío. De haber vivido allí, yo lo habría llenado de cachorros, habría dado de comer a los pájaros en el jardín y habría contratado a un músico que tocara la lira. Luego habría desahuciado a Eliano y habría tenido una aventura con un fogonero.

Mejor no hablar de mi trágica historia con Aulo Camilo Eliano.

* * *

Mientras Fausto los ponía al día acerca de los asesinatos de los Aviola y la huida de los esclavos al templo, me largué a la cocina, donde preparé unas tisanas y lo que mi padre denomina chucherías de cortesía. En las casas de mis parientes, la gente espabilada se encarga de buscar por su cuenta un refrigerio. Sólo mi madre es una anfitriona atenta. En la cocina de Eliano podías encontrar de todo si lo buscabas, no sólo dátiles y pastelillos en miniatura, sino también las ban-

dejitás adecuadas para servirlos. Tres tandas de regalos de boda habían convertido a Eliano en propietario de muchos cuencos elegantes a juego. Sus esposas tenían tendencia a abandonar la loza y a llevarse el dinero que pudiera haber.

Mi tío hubiera podido montar un puesto de cacharros para comer, pero carecía del carisma necesario para ser un vendedor de éxito. Además, para un senador, meterse en la venta al por menor habría supuesto infringir las reglas.

Regresé a la reunión justo cuando Fausto estaba terminando de hablar.

–Así pues, mi tarea será identificar a quien de verdad haya cometido los asesinatos, para que los esclavos puedan ser desalojados del templo sin ofender a la diosa. El Esquilino no es mi jurisdicción, pero me han dado vía libre.

–Vaya, quieres decir que yo me encargaré de encontrar a los asesinos y que luego tú me eliminarás de la escena –protesté, alzando la voz.

Fausto replicó en voz baja:

–Sabes que siempre te reconozco el mérito.

Mis tíos observaron este intercambio de palabras con perspicacia.

Nos reclinamos en divanes para seguir hablando. Eliano hizo caso omiso del refrigerio. Justino se lanzó sobre los pastelillos de su hermano como si no hubiera desayunado. Lo había hecho, por supuesto. En las casas llenas de niños los desayunos se suceden de un modo caótico durante toda la mañana.

Con la boca llena de pastelillos, masculló:

–Tenemos que recordar lo que dijo Séneca: «Todo esclavo es un enemigo». Casi todos los amos tienen la paranoia de que su personal está conspirando contra ellos.

–¡Con mucha frecuencia es cierto! –Eliano se había ido a otra habitación y ahora regresaba con un montón de rollos legales en sus musculosos brazos. No se hacía un lío con los abundantes documentos gracias a unas tiras de papiro que debía de haber introducido antes, mientras se preparaba para nuestra reunión.

A mis dos holgazanes tíos les gustaba encargarse de la instrucción de un caso. Hicieron hincapié en que, hasta que yo no hubiera visto el lugar y hubiera interrogado a los implicados, lo único que podían aportarnos eran principios legales de validez general.

–Hoy sólo estamos exponiendo los principios. Detesto estos casos –se quejó Justino–. El enfoque tradicional siempre ha consistido en condenar a todos los esclavos que estuvieran en la casa. Más recientemente, este tipo de matanza selectiva se ha vuelto impopular, por lo que yo sugeriría abordar este caso con prudencia. Señalar al culpable, pero hacer caso omiso del resto. Si esta pareja era rica, estamos hablando de un número considerable de personas, ¿no?

–No –Fausto negó con la cabeza–. Después de su boda, habían planeado ir a una villa que Valerio Aviola poseía en la Campania. Habían enviado por delante a casi todos los miembros de la casa. Hubo cierto retraso, no sé por qué, pero el hecho es que la pareja estaba pasando la noche en Roma en plan sencillo, con el mínimo personal.

El hecho de que la lista de sospechosos fuera pequeña había sido, para mí, un incentivo a la hora de aceptar el trabajo. De haber habido una gran cantidad de gente a la que investigar, no habría accedido.

El consejo de Eliano fue práctico y conciso:

–Empezad por preguntar concretamente quién estaba en el dormitorio. ¿Había algún sirviente presente cuando irrumpieron los ladrones? De ser así, tendrían que haber defendido a su amo, a pesar del riesgo que pudieran correr. Identificad a todos los que no socorrieron a su amo y a los que sí intentaron defenderlo pero no pudieron.

–Sin olvidar –sostuvo Justino, que nunca estaba del todo de acuerdo con su hermano– a los que estaban en otro lugar de la casa y que podrían haber ayudado, pero que no eran conscientes de que se estaba produciendo un asalto. –Me indicó que hiciera una lista de los miembros de la casa de los Aviola y que dibujara un plano de la vivienda y señalara el paradero de todo el mundo. Bueno, era obvio que iba a hacerlo–. Albia, comprueba quién podría haber oído algo. ¿Era de noche? ¿Se había ido todo el mundo a la cama? ¿Los recién casados estaban...? –se le fue apagando la voz, recatadamente.

–¿Dándole al tema? –sugerí con expresión servicial.

–Disfrutando de unas relaciones plenas...

La mayoría de parejas de Roma hacían el amor con la mitad de los miembros de la casa escuchando. A menudo con los sirvientes en la misma habitación.

–Si estaban practicando la lucha libre conyugal –bromeé–, cualquier grito pidiendo ayuda podría haberse confundido con los efectos sonoros del goce.

Fausto me dirigió una mirada remilgada, pero Justino continuó.

–Si les gustaba la intimidad y estaban juntos a solas, es de vital importancia saber si algún esclavo que estuviera cerca pudo oír gritos pidiendo ayuda. Podrías incluso preguntar si los gritos de la pareja asesinada fueron más o menos

fuertes. Ello nos permitirá saber si los esclavos duros de oído tienen una excusa. Ya sabes lo que quiero decir.

Eliano debía de estar volviéndose hipermétrope. Se reclinó, entrecerró los ojos y miró uno de los rollos con desprecio mientras ponía en orden sus ideas.

–Por norma general, la ley dice que cualquier esclavo que hubiera en la casa debía acudir corriendo. Pero ¿«en la casa» se refiere sólo a otras habitaciones o pasillos, o incluye el jardín y los terrenos, o incluso la calle, si es que los gritos eran tan fuertes como para llegar hasta allí? Piensa en ello mientras supervisas la vivienda.

Ya me veía llevando a cabo experimentos auditivos. Tendría que situarme en distintos lugares y gritar «¡socorro!», mientras mi ayudante se dedicaba a anotar los resultados en una lista...

–Da la impresión de que te gustaría llevar estas preguntas ante un tribunal –Fausto parecía nervioso. Debía de tener la esperanza de que el templo de Ceres no tuviera que pagar por el litigio simplemente para financiar la curiosidad profesional de los locos de mis tíos. Tratándose de esclavos, probablemente las autoridades habían pensado que no habría juicio.

–Los buenos abogados intentan evitar las demandas judiciales –replicó Justino con una sonrisa.

–¿Son demasiado caras?

–Demasiado propensas a resultados inciertos.

–¿Desconfías de los juicios?

–He visto demasiados.

* * *

–Dijiste que desaparecieron objetos de plata. ¿Qué me dices de los ladrones? –preguntó Eliano, cambiando de enfoque.

–Sospechosos, altamente sospechosos, está claro –dijo Fausto.

–Pero ¿son personas desconocidas? Edil, no se te ocurra involucrar a Flavia cuando vayáis a seguirles la pista.

Antes de que pudiera ponerme furiosa, Justino justificó sus palabras.

–Mi sobrina es especial para nosotros, Fausto. Mi hermano y yo actuamos *in loco parentis* cuando es necesario.

–¡Tonterías! –grité–. ¡Tu hermano y tú no servís para actuar *in loco* ni de un gusano! –Me di cuenta de que aquellos dos idiotas debían de haber estado hablando de lo peligroso que podía ser el caso antes de que Fausto y yo llegáramos. Tenía que desviarlos de la cuestión. Ninguna informante debería permitir que una panda de hombres pusiera objeciones de poca monta a cómo lleva sus investigaciones–. Tío Quinto, sabes muy bien que Didio Falco, mi padre, ha nombrado a un viejo liberto de Bitinia como guardián de sus hijas. –Me volví hacia Fausto y añadí, en tono de burla–: Mi padre es de la opinión tradicional de que cualquier mujer sin padre o marido debe ser protegida por un farsante lascivo que tiene puestos sus sucios ojos en su dinero..., como si mis hermanas y yo no pudiéramos malgastar nuestros bienes nosotras solas.

–Creía que Falco había optado por Notócleptes, ese desastre de banquero que trabaja para él –apuntó Justino con una sonrisa burlona, haciéndose el despistado–. De ese modo, el dinero podría transferirse a un libro de cuentas y ni siquiera haría falta moverlo físicamente.

–Me dijo que había encontrado a un sacerdote degenerado. –Incluso Eliano se estaba sumando al juego–. Uno

al que le gusta fingir que es Sumo Pontífice y que pega a las chicas malas en el trasero con una vara.

–Me imagino que Flavia Albia puede eludir fácilmente cualquier sistema de vigilancia. –Mientras decía esto, Fausto se frotaba una cicatriz que tenía en la mano, donde una vez yo lo había apuñalado con un pincho para carne; me estaba recordando sutilmente que yo había reaccionado de forma exagerada a algo que había dicho él. No había ninguna necesidad de explicar esto a mis tíos.

Eliano insistió en su primera advertencia.

–La cuestión es, edil, que no podemos permitir que nuestra querida sobrina se ocupe de delincuentes violentos.

–No hay problema –replicó Fausto, poniéndose rígido–. Admiro el trabajo de Flavia Albia y he sido testigo de su arrojo, pero mi intención es utilizar otros medios para investigar el robo con allanamiento.

Lo más probable es que lo acabara de decidir en aquel preciso momento. Hasta que los Camilos habían empezado a ponerse díscolos, Manlio Fausto, el avisado chico rico plebeyo, me había considerado una trabajadora dura que conocía las calles y a la que podía enviar a cualquier parte. No le faltaba razón. Yo habría hecho todo lo necesario. Pero ahora me habían arrebatado media investigación de un plumazo.

Acordaron que la tarea más pesada (entrevistas detalladas a todos los miembros de la casa de los Aviola) era adecuada para mí. Yo me quejé ante la perspectiva de tener que oír mascullar a friegaplatos, ayudantes de vestuario y limpiadores de santuario, pero dejé que los hombres disfrutaran con la idea de que ellos podrían echar una cabezada en sus despachos, vigilados por bustos de poetas, mientras yo malgastaba tablillas de notas con minucias domésticas.

Al final acabarían atribuyéndose el mérito de lo que yo descubriera. Sí, llevaba mucho tiempo siendo una informante femenina. Conocía todas las desventajas.

–Debería ser sencillo –me aseguró mi tío Quinto–. Recuerda la respuesta proverbial: «lo hizo el copero».